

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXVI

Abril de 1949

Núm. 286

Puntos de vista

Tiempos de Incomprensión

*L*A leyenda bíblica nos cuenta que Caín mató a Abel en un raptó de ira. Según esa misma leyenda no existían entonces armas para combatir, pero ya el hombre llevaba dentro de su corazón el odio y esta pasión obscura contenía la fuerza necesaria para mancharse las manos con la sangre del hermano. No existían en el principio del mundo, luchas religiosas, ni cerradas beligerancias doctrinarias. Ni se habían desencadenado las luchas de predominio comercial, ni era el espacio vital la excusa que se daba para lanzar a los países a la guerra, o sea a la destrucción, a la desventura y a la desesperada angustia de no ver por ningún lado un horizonte que ofreciera la gracia plena de una paz sin sobresaltos.

Acaso esa leyenda de Caín y Abel sea el símbolo de la eterna desgracia del hombre condenado a vivir en permanente lucha. Como en los fenómenos de la naturaleza vienen unas detrás de otras las tormentas que arrasan con todo lo que el hombre creó para su deleite, para su bienestar y su tranquilidad. Dentro de los atributos de la inteligencia humana, Dios, no puede ser sino una fuerza infinita que rige la armonía del universo. Y, sin embargo, en su nombre la locura suicida de los pueblos y de las naciones ha venido justificando la guerra. Alejando así, más y más, a la humanidad de aquellos anhelos que expresara el soñador de Galilea. En el fondo no hay otro pretexto que la satisfacción de los instintos ancestrales, que hacían confundir la vanidad y la soberbia con el

bien inefable de la paz, único estado en que la condición humana puede alcanzar aquello que en este mundo entendemos por felicidad.

Buda, Confucio, Mahoma, Cristo y otros iluminados que soñaron con la perfección humana, cumplieron con aquel principio de que sufrir es vivir. Pero su filosofía lejos de producir concordia y avenimiento entre los hombres provocó la cerrazón de los espíritus, la intolerancia, las guerras religiosas que llenaron al mundo de desolación, de pestes y de horribles hambrunas que detuvieron casi por completo, en determinadas ocasiones, el desarrollo de la civilización y de la cultura.

El panorama del mundo antiguo es el más tétrico y espantable escenario en donde se desenvuelve la desgracia de la humanidad que va, de tumbo en tumbo, hasta los peores extremos. Diríase que la prédica de los reformadores no alcanzó otra finalidad que hacer cada vez más desgraciado al hombre. Como en la más remota antigüedad se levantan imperios que dominan pueblos y territorios, para caer después entre el estrépito provocado por el odio y la soberbia.

Si nos recogemos a reflexionar, acerca del ejemplo que nos dieron nuestros antepasados, en los cuatro confines del mundo, llegaremos a la triste conclusión de que la ventura humana es absolutamente imposible de alcanzar. La terquedad, el orgullo, la prepotencia han llevado a la humanidad a la catástrofe y al duelo en todos los tiempos. La antigüedad con su barbarie, la época moderna con su civilización, arte, ciencia y cultura, en todas las manifestaciones del espíritu en nada modificaron la mísera naturaleza humana. En Europa, en lo que llevamos del siglo, se ha llegado a la terrible desesperación de tener la certidumbre que los hijos se crían para que sean carne que despedazará la metralla.

La guerra de 1914 tuvo como motivo la competencia comercial. Veinte años más tarde el mundo estaba dividido en dos bandos ideológicos que se disputaban el derecho de hacer feliz a la humanidad. Se desencadenó la más espantosa conflagración que ha sufrido el orbe en todos los tiempos. Se creyó, ilusoriamente,

que de esta prueba tremenda saldría una humanidad purificada, engrandecida por el dolor. Pero el huracán de la metralla lejos de arrancar todo vestigio de odio en el corazón humano lo acrecentó. Ha provocado nuevas desconfianzas, nuevos recelos y nuevas y monstruosas ambiciones de prepotencia.

El hombre sigue siendo enemigo del hombre. Es una enfermedad que al parecer no tiene remedio. La ciencia ha descubierto ahora elementos definitivos de destrucción. Una guerra, en esta era atómica, significa nada menos que el suicidio de la humanidad. Pero se sigue adelante por el camino de la intolerancia, de la intransigente soberbia que sólo terminará lo mismo que la lucha de Caín con su hermano Abel. Hay que morir, hay que destruir, hay que provocar la desgracia del mundo.

Ahora Oriente contra Occidente se están aprestando para la nueva hecatombe. El espíritu se entenebrece de angustia al pensar en el triste destino que gravita como una siniestra sombra sobre el haz de la tierra. Nuestra América, que se ha estado librando de sufrir las consecuencias directas de esta vorágine de sangre, siente hoy más que nunca los peligros de un próximo conflicto que fatalmente habrá de envolverla en el vórtice de desgracia que traerá una nueva guerra.

Uno se queda absorto pensando en cuál sería la manera de detener la marcha del cataclismo que se avecina. En la manera que se haga la luz en los espíritus. Que penetre en ellos la claridad radiosa de la comprensión. Que florezca en el corazón humano la tolerancia, la solidaridad. Y se confunde al darse cuenta de que son unos pocos los que dirigen el mundo. Ellos, como los terribles oráculos de la mitología griega, determinan el destino trágico de las razas y naciones que debieran aunar sus voluntades para darle a la existencia un significado más grande y dichoso. Ellos lanzarán a las muchedumbres ignaras a la lucha feroz y ciega. A matar al inocente, a destruir la casa donde al amparo de la paz se vivía feliz.

El egoísmo del hombre a esta altura de la civilización, no

puede seguir adelante. Es necesario que todas las voluntades se aferren en un ansia irrefrenable de trabajar por que la serenidad de los espíritus reemplace a este estado permanente de virulencia ideológica.

No es posible pedir para la humanidad el nirvana, mientras la sangre corre por las venas. Pero sí, es posible, que el hombre viva dentro de su albedrío, en esa libertad que le da derecho al prójimo a disfrutar de esa misma libertad. La cultura, don maravilloso que al ser racional le es dado conquistar, es como el aire transparente que permite ver el ámbito que nos rodea. Sólo por medio de ella, lograremos anular el egoísmo, principio y fin del odio que está envileciendo y rebajando la dignidad del hombre.

La cultura nos permite admirar lo bello. Y por caminos de belleza se va hacia el amor. Es esta la única y magnífica fuerza que puede detener la siniestra embestida de los horrendos jinetes del Apocalipsis.